

# El mundo del libro

Escribe: AGUSTIN RODRIGUEZ GARAVITO

OBRA COMPLETA—Federico García Lorca—Editorial Aguilar—Madrid—España.

Hace treinta años, el 19 de agosto, era fusilado Federico García Lorca. Días crueles y amargos de la guerra española en la cual cayeron, víctimas inocentes, tantos valores de la inteligencia de ambos bandos en lucha. Ya que el monstruo de la guerra no hace diferencia entre el jazmín y el cactus. Con Federico García Lorca, voz de pena y de luna, se detuvo súbitamente, y por muchos años quizá, el renacimiento del teatro español. Todo lo que existe como razón dramática, agonía, ronda de la gallina ciega, tramonto de hachones siniestros, voz de panderos y rostros tempranos de aceituna, quedó trizado esa fría madrugada cuando tabletearon los fusiles apagando la voz auroral, germinal, nueva y antigua de García Lorca.

España adquirió una nueva dimensión por la tarea escultórica, pictórica, dramática, supersticiosa y genial de este gitano que concita la muerte, la llama sin temor y Ella se acerca enlutada, con sus zapatillas de cristal o de hielo. García Lorca venía de la caliente entraña popular, de setecientos años de juglería y mensaje del pueblo. Sus cancioncillas, su *Romancero gitano*, todo se confunde con el retablo de oro, caliente de adivinaciones, de la España eterna, con sus furriginosos colores, sus tonos mates y sombríos, sus Cristos llorosos y patéticos, su "cante jondo", en cuya saeta vibra el alma española. Federico García Lorca no tuvo compromiso diferente a ser fiel a una raza que se da entera en signos cabalísticos, ternura galaica, sequedad y parvedad castellana, lirismo campesino de Navarra, dulzura de naranjales de Valencia, los humos dormidos del Cantábrico, la brisa hecha pandero de Andalucía.

El teatro garci-lorquiano tiene una densidad de aceite que conmueve. El drama está patente, brinca como un macho cabrío, ronda en torno de los seres atrapados en la cautelosa telaraña del misterio. *Bodas de sangre*, *Yerma*, *La casa de Bernarda Alba*, son vida, pasión, alaridos, muerte, endriagos. Toda España tendida como una pantera negra, crucificada en su signo de muerte y resurrección. García Lorca, una vez cumplida su cita con la mujer —enigma de los siete velos—, memoria de la *Casada infiel*, se divorcia de rejas floridas, besos tentadores, caderas de jaca joven, guiños de farolillo virulento, para entregarse por entero a la misión de re-

dimir a su pueblo, de alzarlo hasta su verso de gitano legítimo, melancólico, cribado por punzones de fuego. Su rito es el mismo de la España de Felipe II, de Góngora, Lope, Santa Teresa, Valle-Inclán, Baroja. Una humanidad crepitante, burriciega, torpe, caliente con su vaho el retablo garci-lorquiano. De pronto una mujer de grandes ojos negros, pintura de Julio Romero de Torres, se hace presente y patente. Su vida una espina de angustia. Recortada contra un fondo negro, bebe su pena en cuentagotas. El dolor la punza y acosa. Murada por un fondo de encinas, roble-  
dales o álamos, paga su pena y se abre la flor sombría de su sexo, para hacer del retablo una nueva dimensión de la muerte. Porque García Lorca tiene un pacto secreto con la intrusa. Y la va venteando como un podenco:

*la muerte me está mirando  
desde las torres de Córdoba.*

Jacas lustrosas. Caballos de largo belfo que beben agua de pena y de tristeza. Guadalquivires melodiosos. Ternura esponjada. Luminarias de encendidos rubores. Gitanos encendidos de anhelos, humanidad frustrada y lacrimosa. Panderos. Ronda de canciones como mirtos. Romerías y soleras. Largo velo del sollozo. Perros mudos en el cristal del silencio. Pueblos que arden y consumen sus vidas mientras músicas ciegas bordonean nostalgias. Todo está en este juglar prodigioso, cuya obra recordamos. Gran pena de España y nuestra. El romancero se ha vestido de luto. Y nuevamente evocamos al gran escritor, cuya obra pertenece al mejor tiempo de Iberia con su presencia de lumbre y carámbano ardoroso.

\* \* \*

### LOS CIRCULOS CONCENTRICOS—Por Gonzalo Restrepo Jaramillo.

Gonzalo Restrepo Jaramillo no cortejó nunca la vanidad de “los soldaditos de plomo del linotipo”. Por eso mismo, las nuevas gentes no han intimado con su pensamiento. Uno de los más orgánicos, serios y responsables de la cultura colombiana. Aquella que no se hace en tertulias de café, ni es producto híbrido de elogios interesados, ni de cambio de incensarios. De ahí que la inteligencia colombiana se sienta disminuía con la muerte de Restrepo Jaramillo. Ya que su obra pertenece a la más exigente bibliografía y naturalmente perdurará en esa hora inevitablemente crepuscular en la cual se desmoronan tantos geniecillos de cartón. Lo verdaderamente humano, la raíz agónica del hombre, se defiende tenazmente de las acechanzas del tiempo!

Era una fiesta del espíritu conversar con Gonzalo Restrepo Jaramillo. Carecía del rígido dogmatismo de algunos escritores que hablan excátedra. Jupiterinos y orgullosos. Engreídos y vanidosos. Que administran su soberbia detrás de la cual solo existe el vacío. Naturalmente nosotros nos colocamos en la situación espiritual del discípulo que oye disertar al maestro. Porque esto fue Restrepo Jaramillo en grado eminente. Adoctrinador, esclarecedor de rutas. Sin diletantismo ni negación. Las ideas de los otros no debían rechazarse por el prurito de no ser nuestras. Se necesitaba comprensión, tolerancia, equilibrio. Virtudes que encontramos en

pocos escritores. Dogmáticos, obsesos por ideas fijas, estereotipadas. Que todo lo niegan con iracundia, sin ahondar jamás en el pensamiento ajeno.

Restrepo Jaramillo, en su magnífico libro *Los círculos concéntricos*, nos entrega toda su intimidad de hombre, su agonía, el camino que recorrió con su cruz al hombro. No fue un manipulador de fantasmas. Sino un hombre que se atrevió con sus realidades. Su mundo está desgarrado por los interrogantes. La duda con su espina punza el pecho del creyente. Pero este, lúcidamente, regresa a Dios. Definitivamente no hay otro camino. Todo lo que sea apartarnos de Dios es camino tortuoso, "noche oscura del alma". Se puede sufrir y el hombre es una criatura sufriente. Coronado también de espinas como Cristo. Con el pecho desgarrado por los siete pecados capitales, como siete monstruos que nos devoran la entraña y nos tuercen los humores y los caminos. Somos así, existencialistas. Pero no a la manera negativa y falsa de Sartre. Sino existencialistas agónicos que buscan la fe perdida y, de pronto, recobrada. Sabernos humanos, pero no deshechos de hombres, harapos de humanidad, grotescas máscaras sin un rumbo hacia las estrellas. Restrepo Jaramillo, en su estupendo libro *Los círculos concéntricos*, no filosofa en el sentido en que tomamos ligeramente este grave concepto. Expone, narra sus experiencias, sitúa sus encrespamientos de hombre, en la ruta por la cual un día la fe regresará para cobijarnos. La razón como una vieja avinagrada, con secretos humores de soberbia, estéril por tanto, no puede vencer al hombre en su incansable búsqueda de mejores destinos. Las experiencias de Restrepo Jaramillo, aunque sean hijas de sus cogitaciones, en cierta medida nos son comunes a todos. Y su filosofía es la misma de la vida, con sus avatares, cuando nos sentimos atrapados en la telaraña de la cautela o la caja de las sorpresas. Razonar, filosofar, pero no perder el sentido de los confines. Como nos lo enseñaron San Agustín y Pascal.

Restrepo Jaramillo parte del *Yo*, de la familia, de la ciudad, del pueblo todo hacia el universalismo. Abarca así los círculos de la vida, en una generosa concepción de amor y ternura. Por eso mismo, su existencialismo es algo vivo, aleteante, que forma parte del mundo que nos rodea, de la atmósfera en la cual respiramos, de los sueños larvados que alimentamos.

Gran escritor, católico fervoroso, pensador de elegante prosa, fluída y trasparente, su muerte es de veras un gran dolor para los colombianos y una pérdida irreparable para la cultura nuestra, tan parca de auténticos valores y tan hinchada de gaseosos fantasmas llamados genios por nuestra supina ignorancia.

\* \* \*

LOS DIAS SAGITALES—Poemas— Fernando Mejía  
Mejía—Biblioteca de Autores Caldenses—Manizales—Caldas.

Nuevamente Fernando Mejía Mejía nos entrega un manojito de versos. Sus días y sus horas, navegan en estos acantilados. Antes nos había entregado dos libros de poemas: *La inicial estación* y *Cantando en la ceniza*. Por tanto, el autor de este nuevo libro, anda en la búsqueda de caminos.

Y también de hallarse a sí mismo, una de las más difíciles y amargas experiencias humanas. El poeta canta todo lo que encuentra en torno suyo. Y recuerda su vieja sangre, la que hoy es ceniza pero que en su verso toma el contorno exacto de un testimonio. El poeta está aún en esa estación primaveral en la cual los bellos vocablos nos aturden y enceguecen con su resplandor. El poeta —alma desolada con sus tremendas raíces subterráneas, aún no está presente en toda su senequiana veracidad en este libro. El barroquismo insufla vida un poco libresca a algunos de estos poemas. Todavía las lentas lecturas favoritas, nos traen su influencia. Que irá desapareciendo a medida que Mejía Mejía se quede solo en el monólogo terrible de ser o no ser.

Es preciso que liberemos la poesía del encandeamiento a la música de las palabras. Naturalmente esto es cuestión de tiempo y de rigor. Que dan frutos templados, hueso en vez de adiposidades conturbadoras. La palabra debe tener peso, gravitar con su exacta densidad terrible. Pero las muchas palabras aturden y sepultan la voz poética, la verdad de una experiencia. Es preciso ser cautos en el manejo de un instrumento de tantas resonancias como el lenguaje español. Mejía Mejía lo sabe. Porque hallamos en su último libro, algunos versos, exactos, cerrados, sin concesiones a lo puramente melódico. Pero aún esperamos mayor despojo de parte suya. Y muchas gratas sorpresas hallamos en el descubrimiento propio de estos poemas, algunos de estremecida angustia, e inspirados por un fervor lírico de noble cepa. El poema *A los que me precedieron* es de una terrible sinceridad y mana sangre de confesiones, barriendo con su estrofa el inútil universo del amor que encadena para la muerte, a todas las generaciones.

\* \* \*

**VIAJE SIN PASAJERO—Por Alfonso Bonilla-Naar.**  
Novela—Editorial Lerner—Bogotá—Colombia.

La obra literaria de Alfonso Bonilla-Naar nos sume en perplejidades. Y nos desconcierta a la vez. Su versatilidad está patente en todo empeño literario que se traza. Parece dominarlo una secreta esperanza de hacerse presente y patente en todos los campos de la literatura. Lo gobiernan afanes, pero no cautelas. Y el juego solitario de los vocablos suele hacernos malas jugadas. Si un escritor aspira a que su obra perdure, tiene que despojarse de muchas cargas inútiles. Lanzar por el escotillón, conceptos, adjetivos, figuraciones verbales y efectistas. De lo contrario corre el riesgo de matricularse en un inestable presente y desaparecer literalmente devorado por nuevas formas que son flor de ceniza en un día. El necesario despojo y la abstinencia. Claves para una tarea propia, no enyugada al pesado madero de influencias que dejan apenas un brillo mortecino y superficial. Y naturalmente tomar una cura de soledad, tan útil para que creamos en nosotros mismos.

*Viaje sin pasajero* es un muestrario de frases, cabriolas, retoricismo vano, sicoanálisis, espejismo, desdoblamiento y frustramiento. No es propiamente una novela. Puede ser un sueño. Un mal sueño, es preciso convenir en ello. Quiso el autor embadurnar de conceptos seudocientíficos el

marco en el cual mueve los muñecos de su obra. Que nos perdone el doctor Uribe White, si no participamos de su hipérbole de avvicinar *Viaje sin pasajero* con *Sófocles*, *Kafka* y *Beckett*. Estas exageraciones de hondero entusiasta son precisamente las que han causado tanto daño a nuestra incipiente literatura. Porque si el agraciado y agraviado al mismo tiempo, le da por tomarlas en serio, torcerá sus rumbos, quedando a merced del viento, de la nada, del cansancio que debe producir el llegar a la cima en la cual baten los vientos de la inmarchitable fama. En alguna ocasión, un furioso admirador nuestro, le dio por escribir, a propósito de algún mediocre ensayo que intentamos sobre la novela en Colombia, que, con nuestro arribo al campo de las letras, Colombia superaba a Azorín, Miró y Valle-Inclán. Le torcimos el cuello a su cisne embustero con algunas gotas de acíbar, que impidieron que la fama nos cortejara tan jóvenes!

¿Qué buscó Bonilla-Naar con este estudio literario científico? ¿*Epater les bourgeois*? No, su honestidad intelectual no le permitiría hacerlo. Sencillamente quiso ser original en este trópico virulento y en los momentos en que nuevos cuadros de costumbres, algunos de muy escaso valor literario, reciben premios, contantes unos, acartonados, los otros. Pero sucede que no existe tal originalidad. Gran parte de la novela moderna se basó en estas experiencias oníricas. No olvidemos que en su día Freud tuvo tanto influjo en la vida científica y literaria como Federico García Lorca en la resurrección del romance como forma poética. Pero todo pasa y a Colombia, como siempre, llegan siempre tarde escuelas, sistemas, costumbres que ya se hunden en el crepúsculo en otras latitudes. Es una verdad que podemos confrontar rigurosamente.

Si quisiéramos aconsejar al lector perplejo de *Viaje sin pasajero*, una gran novela de este género que ahora intenta nuestro admirado amigo Bonilla-Naar, le aconsejaríamos leer a un magnífico escritor argentino: Ernesto Sabato y concretamente su novela *Tumbas, hombres, dioses*. Allí encontrará desdoblamientos, reencarnaciones, neblinosos fantasmas de la conciencia, estados de alma inverosímiles, mentepsicosis alelantes, desarraigo del ser para flotar en otros mundos. Pérdida y reencuentro de la memoria. Laberinto de ciegos, lechuzas de ojos vidriosos. Existencialismo y nadaísmo. Oquedades infinitas. Almas muertas y sepultadas en la caverna. Los instintos girando en nebulosas de sueños. Un mundo ingrávido, en el cual nuestro pensamiento larvado adquiere inusitadas capacidades clínicas para hacer la disección de nuestro pasado y el de las generaciones cuya sangre petrificada es hoy ceniza inútil. Pero Sábato muy superior por algunos aspectos a Borges, sabe dominar el tema con insigne maestría y con un lirismo de finísimas esencias.

Alfonso Bonilla-Naar, quiéranlo o no algunos de sus detractores, tiene talento literario. Somos los primeros en reconocérselo. Además, y lo ha demostrado, es dueño de imponderables calidades y virtuosismos intelectuales, que le permitirían confrontar realidades, darnos frutos menos aporreados por el apresuramiento de arrancarlos del árbol de la sensibilidad. Ojalá se cuide y se cure de acercarse nuevamente a los despeñaderos de los premios ESSO, o guatemaltecos o ticos. El sabe que tales trofeos son muchas veces apócrifos. Puro cobre y fanfarria. Y dedique su talento litera-

rio a escribir textos mutilados de frondosidades, greguerías, cabriolas, juegos ingeniosos de palabras. Y estamos seguros de su futuro como escritor. En cuanto a lo que se ha escrito referente a que este libro *Viaje sin pasajero*, no ha debido siquiera editarlo el señor Lerner, no estamos de acuerdo. Esta nueva inquisición no la aceptamos. ¡Ni más faltaba que solamente se editara lo que a nosotros nos guste! Que todo esfuerzo literario honorable, pues hay algunos que no lo son, debe llegar a los lectores colombianos para que estos, en definitiva, se engolosinen con lo que más les guste. La literatura no es una cábala secreta, ni una torre de nigromantes. Finalmente, y en apoyo de nuestra tesis, transcribimos algunos trozos literarios de lo que pudieramos llamar, “naarismo literario”, sin ánimo alguno de desestimar a su autor, sino como muestra un poco patética, de nuestros juicios anteriores:

“El sexo bufando por sus venas”. (Pág. 30).

“La pasión sexual de cien toros en un año de abstinencia”. (Pág. 33).

“Los incontenibles balidos del señor Obispo”. (Pág. 32).

“Tenía las vísceras lúbricas. Las articulaciones clausuradas por el óxido de la quietud”.

“La tripulación lista, vayan calentando las alas de los cisnes”.

“¡Ahí está la jaqueca! ¡Resultado de la vida desordenada!”.

“A través de la puerta entreabierta del baño, ví como brillaban mis ojos amarillos de buho. Y entonces mis párpados cayeron al son de lejanas campanas”. (Pág. 118).

“Del día, que es hoy un dragón con escamas de laca, bajó temprano un lechero”.

“Con su blanca sonrisa, despertando las casas”. (Pág. 131).

“Lo veo, al pobre Orozco, todos los días asoleando su esqueleto”. (Pág. 131).

“El asma es el cáncer del aire que se regodea en los pulmones ajenos”. (Pág. 131). “Allí se le encierra y las víctimas respiran por las rendijas”.

“Me sentía en comunidad. Hecho del barro de todos. Compartiendo honestamente mi tajada de aire”. (Pág. 132).

“Una mujercita grita: “Compren, compren la mañana, fresquita, acabada de hacer”.

“La ciudad tiene mal aliento y se limpia los dientes”.

“El sabio estaba desangrándose la mente”.

“El obrero le trabajaba la boca a las calles”.

“El acusado pretendió descubrir lo inalcanzable: entrar en las zonas vedadas de “la mente fetal”. Solo Dios puede saber si los fetos piensan”.

“Alguien apagó los luces del intelecto”.

El paraíso onírico de Bonilla-Naar, que desemboca en simples consideraciones municipales y espesas, que diría, Rubén, carece de verdadera

autenticidad. Y su autor debe reconocer que tiene condiciones para obras muy superiores a “este pedazo de perplejidad” como dice con tanta gracia sibilina, el inefable profesor Gutiérrez.

\* \* \*

**ALEGRÍA Y LLANTO DE EUROPA—Por Neftalí Noguera Mora—Universidad de los Andes—Mérida—Venezuela.**

Hemos recibido con honrosa dedicatoria de su autor, el ilustre escritor Neftalí Noguera Mora, quien fuera otrora consejero cultural de la embajada de Venezuela, en Colombia, este bello libro *Alegría y llanto de Europa*. Se trata de un hermoso recordatorio de un continente en el cual han brillado, alternamente, las luces y las sombras, la profunda alegría y el don de las lágrimas. Prosas tersas, transparentes estas, de una tenaz melancolía como viene a ser el recuerdo cuando se incorpora como una viva presencia en nuestra sangre. Noguera Mora es un meridano de excelentes calidades intelectuales. Y que sabe aprovecharlas, taraceando prosas finas, sin pesadez alguna. Aéreas y luminosas, van dejando un polvillo sutil, un rocío que corona con su guirnalda de resplandores la abierta corola. Y libro humanísimo, porque su autor supo penetrar en la más recóndita esencia de aquella Europa que aleteó —juego de brisa en abanico—, antes de la segunda guerra mundial. Y que apenas ahora, levanta nuevamente su esperanza, coronada por la sangrienta miseria de guerras que destruyeron lo mejor de su cultura. Por eso decía, el escritor uruguayo, Adolfo Agorio, “que de nada vale que vayamos a soñar junto al polvo de las catedrales góticas, deshechas por el bombardeo”, ya que su destrucción fue obra de hombres civilizados, de aviadores que habían pasado por universidades y colegios y tenían un sentido muy claro de lo que significa el trabajo de generaciones que construyeron esas nobles casas de la oración, para caer pulverizadas por la nueva barbarie y el furor ciego de ideologías que hoy son apenas museo, yerta momificación de un concepto racista del hombre y de la vida.

El mapa lírico de Europa está presente en este hermoso libro. Noguera Mora analiza con fina percepción el mundo europeo, sus bellezas, sus diversificadas culturas, su presencia en la historia humana. El americano inteligente, de gran sensibilidad literaria, se acerca al antiguo continente y se recrea en sus paisajes, emergiendo así de sus textos, el rostro de Europa, su mensaje, lo que representa y patentiza en sus manifestaciones humanas y artísticas. Bello libro este, que fluye inagotable y con su arquitectura estilística, nos trae nuevamente al gran escritor venezolano, cuya amistad nos ha honrado en largos años.

\* \* \*

**ENTRE SOMBRA Y ESPACIO. ANDELES—Poemas. Jorge Pacheco Quintero—Bogotá—Colombia.**

Jorge Pacheco Quintero se nos presenta como un poeta de deslumbrantes presencias. En sus poemas se adivina que ha hecho un viaje de circun-

valación por muchos continentes poéticos. Muchas expresiones melódicas, contornos, dintornos, han ensanchado el cielo de su poesía. Que, no obstante la vecindad con otros poetas universales, tiene filial propia y sus rasgos energéticos y creadores. Nada en estos poemas es simulación o calco. Puede existir la reminiscencia, esa como música diluída que se incorpora a la propia sangre del escritor, cuando ya se ha libertado de hechizos y maleficios. Anda Pacheco Quintero a la caza de expresiones poéticas propias, filial de su alma. Muchos de estos poemas, son definitivamente hermosos. Para ser leídos, amados, repetidos. Poesía auténtica, que nació del dolor y la soledad honesta y taladrante del escritor. Aquí, en estos versos de tan hermosa factura, no existen concesiones a la beocia. Hallamos siempre la ingenuidad diáfana de las historias maravillosas en muchos de los versos del poeta. Muchos poemas son de laberinto encantado. Por eso mismo se acercan a los cuentos que nos contaron las abuelas de basquiña. Son aquellos en los cuales canta el paisaje nativo, la ciudad de Ocaña, los recuerdos que se vuelven harina molida lentamente diluída en un retablo de ángeles.

Pacheco Quintero, de pronto, así, sin proponérselo, viene a ocupar un sitio de honor en la poesía colombiana. Pero no se trata de figuraciones retóricas, de alzar relieves de los linotipos, de elogios interesados. Sencillamente tomar un libro suyo es adentrarse por una ancha avenida, en la cual ha madurado el paisaje y la melancolía. Sin remedio tienen que aceptar ciertos sacerdotes laicos de la poesía colombiana, que la gran puerta cerrada a muchos, se ha abierto cuando, con su bastoncillo florecido de rosas, ha golpeado un hombre que trae al hombro un hatillo deslumbrante de canciones.

Muchos escritores han influído en lo formal de este mensaje lírico. Pero eso constituye la atmósfera, la brisa que corretea, la superficie lisa y brillante. Pero debajo está la encendida pulpa, la granada entreabierta, el dolor del poeta que va numerando las cosas bellas por las cuales es fácil vivir y morir. Sin lugar a duda, Pacheco Quintero tiene poemas que entrarán con coturno en el templo de la poesía. No solamente la colombiana, sino la universal, ya que el mensaje suyo vuela, radioso, traspasa el corazón y se convierte en organillero de melodías olvidadas o rescatadas por su sabiduría intelectual. Muchos poemas de estos son de desolación. Soledad definitiva, total, hosco desvío de las cosas y maneras circunstancias y fáciles, el orgullo un poco desdeñoso de quien nunca ha tenido afán de publicidad, ni cortejado las vanaglorias que mañana serán apenas un poco de ceniza derramada.

Lucio Pabón Núñez, ha escrito un espléndido prólogo a este poeta, cuya modalidad, sentido de lo auroral, pasión de amor por el verso en su jaula de oro, le conceden un lugar único en la nueva poesía colombiana. Es preciso aceptarlo así, si queremos saborear la verdad de estos poemas, que son presencia y ausencia, huída y regreso, amor por la cultura, sacerdocio lírico de lino blanco y espumoso plumón de melancolía, todo lo eterno, está en este libro admirable que recomendamos a nuestros lectores. Leamos los siguientes poemas que confirman nuestros juicios:

¿Quién oyó, quién oyó, quién ha visto lo que yo?

Quevedo.

*Hoy he venido a buscar  
entre los verdes helechos,  
aquella copla olvidada  
por tu voz en el sendero.*

*Llanto de aroma, llorado  
por los claveles del tiempo:  
¿en donde estará su copla,  
olvidada en el sendero?*

*Cuando la tarde violeta  
se muere sobre los cerros,  
en el camino se escucha  
otra copla y otro acento.*

*Pero esa endecha, cantada  
por otra voz, en el eco  
de la tarde llega a mí,  
con el mismo tono viejo  
de aquella copla olvidada  
por tu voz en el sendero.*

## ADOLFO MILANES

*Si perfumó el pañuelo del espíritu  
con mágicas esencias;  
si colocó la frente en una llama,  
hasta encender la idea;  
si puso el corazón al rojo vivo,  
hasta que blanco fuera;  
y si sembró las manos en el lodo,  
hasta que florecieran;  
y si clavó los pies en el ensueño,  
hasta olvidar la tierra;  
y si colocó el tacto en un suspiro,  
hasta pulsar su fuerza;  
y si elevó los brazos en la sombra,  
hasta tocar la estrella;  
y si puso el oído en cada rosa,  
hasta escuchar su esencia;  
y si colocó el pecho frente al arco,  
hasta sentir la flecha;*

*y si escribió los versos dolorosos  
con tinta roja y negra;  
y si llevó una lágrima perdida  
rodando entre las venas;  
y, si más que la miel de los panales,  
el aguijón probó de las abejas.*

*Si en su antigua guitarra de bohemio  
cantaba la tristeza;  
si con la sal de doloroso rito  
signaba los poemas;  
si el canto de su lira supo hacer  
llorar a las doncellas;  
si en el fondo del alma siempre tuvo  
la armonía perfecta;  
si en el negro molino de la angustia  
el corazón moliera,  
hasta encontrar la forma exacta y pura  
del arte intemporal y la belleza.*

*Si lo llevó al pesebre, siendo niño,  
de la mano de su "Vieja";  
si en su sencilla y dulce y tierna Ocaña  
se enamoró de "Ella";  
si dijo su alabanza a sus mayores,  
y le cantó a la tierra;  
si rezó por el alma de las fuentes  
en sus lechos de arena;  
si viajaba al país de los idilios  
en ágiles libélulas;  
si lloraba por Ilva, adolescente,  
y por la noble abuela amostazada,  
en una silla antigua  
al marco de la puerta;  
y si cantó a la campesina moza  
de las mejillas frescas,  
y blanco delantal de tela blanca  
como la blanca arepa.*

*Si tuvo el tierno corazón de un niño,  
y un amor y una pena;  
y si crucificaba la esperanza  
en una cruz de piedra;  
si podaba el dolor como a un rosal,  
para que floreciera;  
si se pasó la vida haciendo versos  
entre curvas y rectas;*

*si curaba su angustia y su cansancio  
con agua de violetas;  
si libó los venenos de la raza  
en copas de tragedia;  
si cultivó los lirios de la muerte  
en una calavera;  
y si se fue una tarde de febrero  
con un plomo sembrado en la cabeza,  
Adolfo Milanés  
¿no iba a ser poeta?*

\* \* \*

ADMINISTRACION Y DESARROLLO—Revista de la  
Escuela Superior de Administración Pública—Editorial  
Minerva—Bogotá.

La Escuela Superior de Administración Pública, universidad que viene cumpliendo una labor ejemplar en el campo de preparar la nueva juventud colombiana para las tareas de un mundo nuevo dentro de la técnica y la administración, ha publicado el número 8 de la magnífica Revista de dicho instituto. Una serie de ensayos muy importantes sobre los temas más interesantes del mundo moderno en orden a su desarrollo. La ESAP cumple así una tarea fundamental en nuestro país, para preparar los nuevos cuadros administrativos de Colombia. Ya es hora de que una burocracia remolona e ineficaz en su mayor parte, sea remplazada por gentes preparadas en la esfera universitaria para contribuir a la agilización de los cuadros encargados de administrar y desarrollar los programas necesarios para salir del estancamiento y el sub-desarrollo.

Colaboran en este número de la revista un grupo de profesores especializados que tratan una serie de temas de actualidad en el mundo de la administración, la planificación, el mercadeo internacional y otras. Revista esta que deben adquirir todos los economistas, técnicos en diferentes especialidades, profesores universitarios preocupados por la hacienda pública, la economía, los sistemas de costos, el desarrollo de los países que no han llegado a un alto grado de industrialización.

*Administración y desarrollo*, es, pues, una publicación que honra a Colombia y patentiza el dinamismo inteligente y la docencia real del director de la ESAP, doctor Guillermo Nannetti Concha y los intelectuales vinculados a esta admirable tarea.